

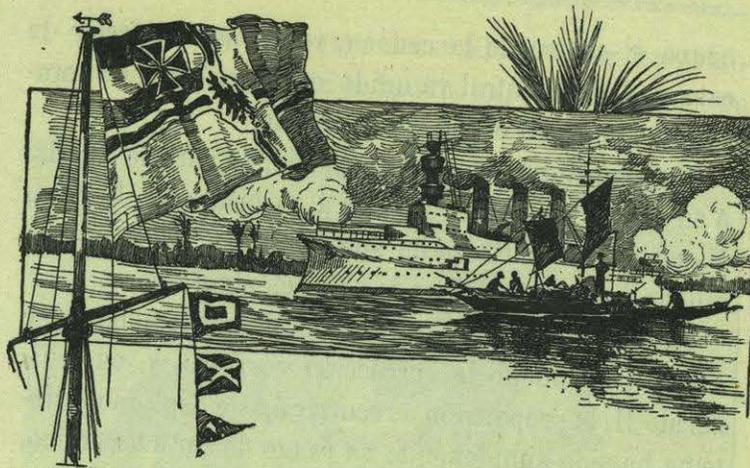
Actualmente, las orquestas tocan en el palco diplomático, y á los embajadores se les ha destinado el palco real.

En otra ocasión se trató de reconstruir las columnatas que unen á los cuarteles situados delante del Palacio Nuevo. Más de cincuenta picapedreros y albañiles acamparon durante una porción de meses en el Sandhof, y un día se les despidió, estando los trabajos á medio concluir.

Durante el verano de 1897, el kaiser dió las órdenes oportunas para repintar las habitaciones de las damas de honor y renovar su mobiliario. Cuando todo estuvo concluído, telegrafió desde Hamburgo mandando rehacer los salones de distinta manera.

Nada tiene pues de extraño el que, á pesar de lo muchísimo que se gasta en conservación y reformas de los palacios reales, éstos se distinguen por su falta de buen gusto y de confort.

De lo dicho se desprende que la confusión, el expedienteo, la extravagancia y la penuria reinan en la corte de Alemania desde el advenimiento al trono de Guillermo II.



CAPITULO VIII

Guillermo II, padre de familia. - Los hijos del kaiser. - Su educación. - El kronprinz. - Su casamiento. - Grandes fiestas. - Una hija natural de Guillermo II. - Carolina Seiffert. - Partido del kaiser entre el bello sexo de Viena. - Sus relaciones íntimas con las condesas de Wedel-Berard y de H***. - Su idilio con la condesa M***. - Memorias de la condesa de Wedel. - Intrigas de esta aventura. - Triste fin de unos amores. - Brusca interrupción del idilio.

Si el fruto de bendición es prueba de dicha conyugal, puede afirmarse que Guillermo II ha sido feliz en su matrimonio, pues la emperatriz Augusta Victoria le ha dado siete hijos, los mayores de los cuales son ya hombres.

El príncipe Guillermo, actual kronprinz, nació en 1882; los príncipes Eisel, Adalberto y Augusto nacieron respectivamente en 1883, 84 y 87, y posteriormente los príncipes Oscar y Joaquín y la princesa Victoria Luisa. La emperatriz posee un brazalete compuesto de siete medallones cada uno de los cuales contiene el retrato en miniatura de uno de sus hijos. El de Victoria Luisa

ocupa el centro de la cadena, y á la parte inferior de este medallón central va unido otro en forma de corazón que encierra el retrato de kaiser.

El kronprinz, que, en la infancia, se parecía mucho á su madre por la robustez, y á su bisabuela, la reina Victoria, por la fineza de sus facciones, ha cambiado mucho con la edad y con la educación paterna.

Ya hemos dicho que en la educación alemana suele entrar por mucho la corrección corporal, y, en Guillermo II, la propensión á recurrir á este deplorable sistema ha sido simplemente un rasgo de carácter étnico, pues los Hohenzollern se transmiten, de generación en generación, sus manías autoritarias.

Una familia que considera al pueblo alemán como parte de su patrimonio y las transmisiones hereditarias como un derecho divino, es natural que crea en el poder absoluto de los padres sobre los hijos, sin limitación alguna, sin excepción de los castigos corporales.

Por lo demás, la educación de los hijos de Guillermo II ha sido una fiel reproducción de la que á éste fué aplicada, con la diferencia de que los padres han ejercido una vigilancia más directa y más activa, pues el actual emperador fué principalmente dirigido por su abuelo.

Un intensivo programa de estudios, una abrumadora multiplicidad de ejercicios físicos é intelectuales, la obligación de levantarse á las seis en verano y á las siete en invierno, el tiempo contado para las comidas, pocas horas de recreo y nueve, bien cumplidas, de trabajo diario: tal ha sido el cuadro educativo de los hijos del kaiser. Hay que añadir los ejercicios militares y los juegos estratégicos en la fortaleza de Potsdam, pero unos y otros pueden considerarse en rigor como recreos.

El historiógrafo teutón Oscar Klausmann ha publicado sobre «la vida en la familia imperial alemana» un



La familia imperial alemana en 1896

interesante libro del que tomamos los siguientes detalles retrospectivos:

«Los natalicios de los principes dan naturalmente lugar á grandes fiestas. Por la mañana, al despertar, cada

príncipe encuentra su «torta de aniversario» con tantas bujías en ella plantadas como años tiene él de existencia. Sobre la mesa de su cuarto, los regalos: trajes nuevos, objetos de escritorio, muchos libros y pocos juguetes. El niño recibe, en primer lugar las congratulaciones de sus hermanos, y luego la de sus padres, de los funcionarios y de la servidumbre. Cada cual trae un regalo más ó menos precioso. Por la noche se da una gran comida, después de una reunión de niños que dura toda la tarde.

»El regalo de los príncipes es un *poney* ó un triciclo, y, á fin de perpetuar su recuerdo, le fotografian montado. Á falta de fotógrafo profesional, opera la emperatriz, y lo hace muy bien, al decir de los que han podido apreciar sus colecciones fotográficas.

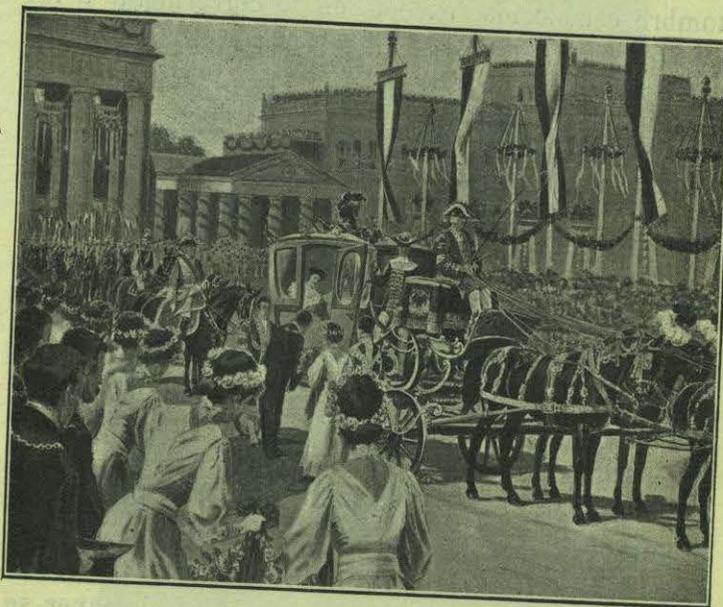
»Las jaquitas siguen á los pequeños príncipes en todos sus viajes, pues la equitación ocupa el primer puesto en su programa de educación física. Guillermo II en persona atiende á estas lecciones, á causa de su afición á los caballos y de su maestría excepcional como jinete. Cuando los pequeños príncipes saben montar, se les ejercita en saltar obstáculos. No tardan en saltar sillas, vallas y hasta paredes. Los mayorcitos abordan en los picaderos los mismos obstáculos que el emperador y se les hace voltear sobre el caballo en pelo.»

El kronprinz actual ha sido el instructor militar de sus hermanos; y si el padre se presentaba de improviso en su sala de maniobras, todos se alineaban observando la inmovilidad reglamentaria.

Educación muy prusiana, que enseña á los hijos á distinguir al emperador en la persona paterna. Sin embargo, parece excesivo que se les haya enseñado á

saludar á su padre militarmente en circunstancias que nada tienen de militar.

El kronprinz está casado con la princesa Cecilia de Mecklemburgo-Schwerin. Su matrimonio adquirió, como el de todos los herederos del trono de Prusia, las



Entrada de la duquesa Cecilia Mecklemburgo-Schwerin el día 3 de junio. El Burgomaestre Kenschner saludando á la duquesa en la puerta de Brandeburgo

proporciones de un acontecimiento histórico, tanto más cuanto que se celebraba en Berlín á primeros de junio de 1905, es decir, dentro del corto período crítico que separó las alarmantes dificultades surgidas entre los gobiernos francés y alemán sobre el tratado anglo-español-francés de Marruecos, y el acuerdo franco-alemán que á medios de julio dispó los temores generales de un conflicto europeo. La misión francesa que asistió á las fiestas imperiales de la boda debió producir en el

espíritu del kronprinz el efecto de esas extrañas notas marginales con que á su padre le gusta adornar los manuscritos ajenos.

Las diversas solemnidades que realzan los matrimonios reales en Alemania se desarrollaron según la costumbre establecida, excepto en lo concerniente á los ritos de la famosa marcha de las antorchas.

Las seculares tradiciones de esta ceremonia, una de las cuales exige la entrega final de las ligas de la novia á dos altos funcionarios de la corte que las atan á su espada, sufrieron una modificación completa.

Las ligas fueron escamoteadas, y la marcha, que antes era un verdadero baile, se redujo á rítmicas evoluciones descritas, antorcha en mano, por el gran mariscal y los ministros en torno de los grupos formados por los emperadores, los novios y sus parientes más próximos.

Los regalos de boda fueron innumerables, contándose entre los principales tributarios las provincias prusianas y las grandes ciudades hanseáticas.

Cuatrocientos cincuenta y tres pueblos alemanes se habían reunido para ofrecer á los novios un servicio de postres. El *stadthalter* príncipe de Hohenlohe, y el papa, por otra parte, les regalaron, cada uno, un magnífico cuadro.

La entrada tradicional de la novia, que fué á tomar posesión de palacio en medio de salvas de artillería, repiqueteos de campanas y aclamaciones del pueblo, fué realzada por uno de los cortejos gremiales más brillantes que se recuerdan en Berlín. Hasta los pescadores del Spree pasearon en corporación sus redes y sus remos.

El casamiento se verificó el día 6 de junio de 1905. Después de la breve ceremonia civil, presidida en la sala del Gran Elector por el Sr. Wedel, el inamovible gran chambelán de la real casa, los altos personajes



Guillermo, príncipe heredero

que asistían al acto siguieron á los nuevos esposos á la capilla de palacio para la celebración del matrimonio religioso. Las fiestas finales se celebraron conforme á la tradición: recepción de misiones y embajadas, comidas y funciones de gala y las inevitables *fantasías* militares, dirigidas por el emperador en persona.

Además de sus siete hijos legítimos, se dijo que Guillermo II tenía una hija natural.

Una carta anónima dirigida en 1894 á la emperatriz empezaba con estos párrafos:

«Señora, ¿sabéis qué diferencia hay entre vos y María Leczinska?»

»No ignoráis, sin duda, que los hijos de esta desgraciada reina morían mientras que los bastardos de Luis XV disfrutaban de una floreciente salud.

»Por lo que á vos toca, el destino ha dispuesto las cosas de una manera muy distinta. En efecto, el vástago vienés del emperador ha muerto, cuando los vuestros están sanos y robustos.

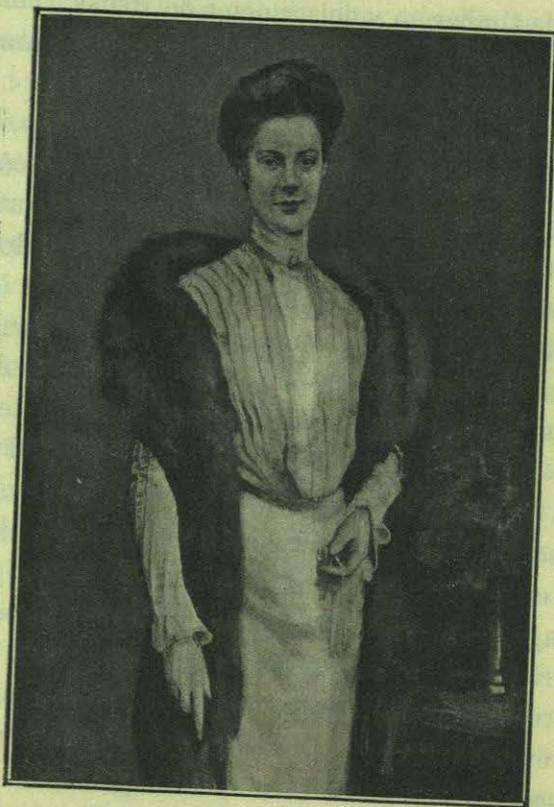
»Yo me pregunto si es por la misma razón que daba el médico de Su Majestad Cristianísima, á saber: que la reina no tuvo más que las enjuagaduras del vaso.»

Esta carta cruel llegó á manos de la emperatriz, precisamente en el momento en que mayor era el escándalo de los anónimos de que luego hablaremos.

El vástago aludido era una niña muerta á la edad de doce años. Su madre, una bella vienesa llamada Carolina Seiffert, formaba parte de la colección de beldades que gravitaron en torno del príncipe heredero de Austria. En el momento de sus relaciones con ella, Guillermo era compañero inseparable del archiduque Rodolfo. Entré estos dos herederos de la más antigua y de la más nueva de las coronas imperiales reinaba una viva amistad.

Se dijo que cuando el telegrama de la señorita Seiffert, anunciando el nacimiento de la niña, llegó á Berlín, Guillermo se mostró muy contrariado. Carolina no apeló al sentimentalismo. Como no aspiraba á una co-

rona en premio á su virtud, se mostró ferozmente práctica y procuró sacar de su ilustre amante un provecho pecuniario. Aquel telegrama fué su primer memorándum. El segundo paso que dió fué una visita á la em-



Cecilia de Mecklemburgo-Schwerin, esposa de Guillermo, príncipe heredero

bajada de Alemania, á fin de pedir una indemnización de cien mil florines.

Las exigencias de la señorita Seiffert causaron sensación en Viena y en Berlín, y hubo extraordinarios mensajes del príncipe de Reuss, entonces embajador de Alemania en la corte de Austria.

No soy,—escribía—ningún Eugenio de Beauharnais, ni ningún Talleyrand con los bolsillos llenos de favoritas. ¿Qué hacer?

El príncipe de Bismarck, que era al mismo tiempo amigo de Guillermo y del príncipe de Reuss, aconsejó eficazmente á este último que se ocupara del asunto, y el embajador siguió el consejo del canciller.

Á juzgar por la correspondencia diplomática, hubo entre el representante del Imperio alemán y la señorita Seiffert, en casa de ésta, sabrosas entrevistas que dieron por resultado la concesión de los cien mil florines pedidos.

Guillermo II tiene gran partido entre las mujeres, pero es fama que no responde al llamamiento de las sirenas que intentan seducirle, principalmente en las cortes de Viena y de Berlín. Ciertamente es que si hay mérito, y no poco, en resistir las tentaciones de las bellas vienesas, no es tan meritorio evitar claudicaciones amorosas en la corte alemana, que es hoy célebre por lo poco agraciadas de sus mujeres. La celosa emperatriz procura alejar de palacio á todas las guapas.

La crónica galante atribuye á Guillermo gran número de aventuras amorosas, pero el historiador imparcial no puede hacerse eco de los chismes que nacen de una corte para correr de cancillería en cancillería, antes de trascender al público, sin prueba alguna que garantice su exactitud.

Sin embargo, parece incontestable que tres mujeres han logrado interesar particularmente al kaiser: la condesa de Wedel, que pretende haber desempeñado un gran papel político en la intimidad del emperador; la condesa de H..., que mostróse con Guillermo tan fiel

amiga como discreta amante, y la condesa M., que le inspiró, al parecer, una verdadera pasión.

Sin querer averiguar el carácter de las relaciones de Guillermo con la condesa de Wedel-Berard, que llevó su descoco al extremo de divulgar ella misma sus trapos en un escandaloso libro publicado en Suiza, diremos que, á nuestro juicio, no hay que dar crédito á todas las afirmaciones de la petulante condesa.

Sus memorias contienen curiosas revelaciones sobre las costumbres y las intrigas más ó menos galantes de la corte de Berlín, pero tienden principalmente á denigrar á una porción de personajes que se agitan en torno del emperador, empezando por el mariscal conde de Waldersee. De su lectura se desprende que la autora fué el eje esencial de muchos de los escándalos que refiere. Toma su frenética chismografía por buena labor diplomática y pretende haber sido, durante años, árbitra del equilibrio europeo, gracias á sus relaciones íntimas con el kaiser, con el rey de Grecia y con otras testas coronadas.

Son innumerables los méritos que se atribuye: *complots* y atentados políticos frustrados por ella; nueva guerra francoalemana evitada por sus consejos al emperador; el congreso diplomático de la paz inspirado por ella al zar de Rusia... Citarlos todos, sería cuento de nunca acabar.

Su estado civil es tan complicado como su vida, y su destino se halla adecuado á su temperamento. Fué amante del príncipe Federico de Hohenzollern, de quien tuvo un hijo y una hija. Casóse luego con un oficial alemán provisto del título de conde, pero desprovisto de fortuna, tanto que la joven condesa tuvo que buscar un

medio de ganar dinero, y se hizo autora dramática y actriz para subvenir á los gastos de su casa.

Divorcia y vuelve á casarse con un teniente de húsares más pobre que su primer marido.

Vuelve á divorciar, y todo esto sin cesar un instante de urdir intrigas y sostener querellas por cuestiones de dinero, ora con el príncipe, ora con el gobierno, que le pasaba entonces una pensión del tesoro imperial.

Consagra muchas páginas de su libro á la novela platónica (así viene á calificarla ella) que empezó en Potsdam, por los años de 1885 á 1886, entre la autora y el entonces futuro kaiser.

Dejando en la vaguedad el modo como entró en relaciones con Guillermo, la condesa insinúa que, habiéndose propuesto resolver graves cuestiones políticas, celebró la primera entrevista y tuvo la primera conversación íntima de algunas horas con el gallardo príncipe húsar.

Éste considera al conde de Waldersee como su mejor amigo, mientras que muchos oficiales de alta graduación le tienen por un traidor y un intrigante. «¡Es un zorrastrón; cuidado con él!» murmura uno de éstos al oído de la condesa, mientras que otro exclama, al enterarse de que el príncipe tiene á Waldersee por su mejor amigo: «¡Yo le hubiese creído más perspicaz!»

La duplicidad del futuro generalísimo se manifiesta, según la autora, al día siguiente, en su segunda entrevista con el príncipe. Á lo mejor de la conferencia, entra Waldersee, y Guillermo aprovecha el nuevo giro dado por el intruso á la conversación para decir que arde en deseos de ser nombrado coronel de su regimiento de húsares.

—No será muy difícil para vos...—dice la condesa de Wedel-Berard.

—Estáis en un error,—contesta el príncipe;—no podéis imaginaros lo que cuesta arrancarle al kaiser un nombramiento de oficial superior.

Pero Waldersee, dando á suponer que ejerce una influencia omnimoda sobre el viejo emperador, declara que él se encarga de obtener el ascenso del príncipe.

Este saca el reloj, y dice levantándose:

—Siento mucho tener que retirarme, pero mi mujer me espera para la comida y no le gusta que llegue tarde. ¡Hasta mañana! ¿Á qué hora, condesa?

—Temprano.

Apenas ha salido Guillermo, cuando Waldersee empieza á gruñir:

—¡Eh!, quiere ser coronel de húsares... ¡Qué locura!... ¡No tiene pocas pretensiones!... ¡Pues están verdes!...

—Entonces, ¿por qué le habéis dicho que os encargabais de obtenerle ese empleo?

—¡Hija mía! si uno fuese á decir siempre lo que piensa, no llegaría á ninguna parte. No olvidéis lo que os digo, y sed menos comunicativa con el príncipe, porque es muy falso.

Viendo á la condesa encerrada en un mutismo circunspeto, Waldersee acabó por retirarse «después de haber vomitado todo su veneno.» Como se ha dado á conocer bastante, la hermosa dama resuelve no fiarse de él, y, á fin de disimular su desconfianza, finge después tomarlo por intermediario en la correspondencia que se establece entre ella y el príncipe; pero las cartas que confía al «zorrastrón» son insignificantes; las verdaderas, llegan á manos del futuro emperador por un

conducto más seguro y más directo. Sin embargo, Waldersee acaba por descubrir la estratagema, y se venga haciendo que la celosa Augusta Victoria se entere de aquel enredo.

El príncipe Guillermo llega una mañana á casa de la condesa y le refiere que su esposa ha llorado de celos por ella. «Pero, Waldersee, á quien hice venir en seguida, lo arregló todo diciendo que entre nosotros no había más que secretos políticos, y que no había motivo para estar celosa.»

La condesa hace un gesto de duda, pero no se atreve á desenmascarar al «zorrastrón.»

Al mismo tiempo, estaba en relaciones con el archiduque Carlos Salvador, y pretendía llevarle la amistad del futuro kaiser, juntamente con «la paz,» no sabemos cuál.

Un día, preguntó al príncipe:

—¿Podré llevar buenas noticias á Austria?

—Eso depende de mi abuelo; mañana he de verle; es cosa convenida.

—¡Bravo, Alteza! Entonces podré partir sin demora.

—¿No estáis bien aquí?

—Quisiera encontrarme lejos...

En vísperas de su viaje, el príncipe le regaló un collar de brillantes con la cifra imperial W y un retrato fotográfico con dedicatoria.

En Viena la condesa fué mal recibida por el archiduque, que la acusó de haberle creado dificultades de todo género con sus ingerencias en la política internacional.

Volvió á Berlín y continuó su lucha con Waldersee, á quien acabó por echar de su casa un día en que, según ella afirma, se permitió galantearla.

Á partir de este incidente, el dominio de la condesa sobre Guillermo empieza á disminuir, y éste rompe toda relación con ella cuando ve acercarse el momento de subir al trono.

Dos causas determinan esta ruptura.

La primera es la influencia del matrimonio Waldersee, esencialmente femenina, cuyo carácter y extensión escapa á la perspicacia de la condesa.

La segunda causa es el temor, en Guillermo, de ver pronto comprometida su dignidad de kronprinz ó de emperador por los escándalos posibles de una mujer ávida de intrigas.

La influencia del matrimonio Waldersee la hallamos plenamente explicada en un curioso libro de Erich de Mettenborn, anterior á las *Memorias* de la condesa de Wedel, que lleva por título: *Política y amores femeninas en las Cortes reales de Europa*.

La condesa de Waldersee es americana. Hija de un rico banquero de Nueva York, hizo en su juventud un viaje de recreo por Europa con su padre. Conoció en un balneario al príncipe de Schleswig-Holstein, que se enamoró de ella y la tomó por esposa. Como la hermosa americana no era de estirpe real, esta unión fué simplemente morganática; pero el emperador de Austria le dió, como regalo de boda, el título de princesa de Noar.

El príncipe de Schleswig-Holstein murió, seis meses después, de un ataque apoplético, y la princesa se encontró viuda á los veinticinco años y en posesión de una fortuna considerable. Esto, unido á su seductora belleza, le valió el verse rodeada de un enjambre de adoradores, algunos de los cuales ostentaban los ape-

lidos más ilustres de la nobleza alemana, austriaca y rusa. Su palacio de Wiesbaden, en que había fijado su residencia, producía la ilusión de una brillante corte real, y las fiestas que allí se daban, repercutían en toda Europa.

Ambiciosa, independiente, no quería unirse á un hombre que hubiese llegado al límite de su carrera oficial. Necesitaba un astro naciente, cuya elevación pudiese ella guiar hacia la soñada altura; le pareció ver ese astro en el conde de Waldersee, el favorito del príncipe Guillermo y de Bismarck, el designado sucesor de Moltke, y uni6se á su destino.

El salón del nuevo matrimonio no tard6 en ser uno de los más poderosos de Berlín, no solamente porque allí se reunían los partidarios de Bismarck, sino también porque la condesa, muy ducha en las complicadas cuestiones de etiqueta y ceremonial de la corte, tuvo ocasión de servir de consejera y guía á la humilde y modesta princesa Augusta Victoria, «que aún no sabía llevar el vestido de cola,» y puso en seguida una viva amistad en la bella americana.

Cuando Guillermo subió al trono, á nadie extrañó ver á la condesa de Waldersee convertida en la ninfa Egeria del nuevo gobierno.

Véase pues, si era firme la influencia del conde de Waldersee, y si la vengativa condesa de Wedel tenía que estrellarse fatalmente contra ella.

Cuando, en marzo de 1891, el emperador se separó de los condes de Waldersee, que trasladaron su residencia á Altona, donde el general había obtenido una comandancia, la Wedel se había ya comprometido en demasiadas aventuras sospechosas para poder reanu-

dar sus relaciones con Guillermo II, que, por su parte, las evitaba.

Continuaba escribiendo al kaiser, y aunque éste ni siquiera contestaba ya personalmente á sus cartas, ella multiplicaba, sus peticiones, sus quejas y hasta sus consejos, al extremo de considerarse la inspiradora de la mayor parte de sus actos políticos. Pero, á pesar de esto, llegó al fin á perder la esperanza de reanudar sus relaciones con el emperador, y esta decepción, unida á la necesidad de aumentar sus recursos personales, pues con la modesta pensión del príncipe de Hohenzollern tenía que atender á la subsistencia de sus dos hijos desterrados en Viena,



Conde de Waldersee, ayudante general del emperador

la decidieron á aceptar en Berlín una plaza, mal definida, de pseudoama de gobierno en casa del ministro Reza Khan, embajador de Persia, quien no tardó en enamorarse locamente de la bella condesa, aunque tenía mujer y siete hijos en Teherán. Viendo, empero, que Reza Khan se dedicaba á corretajes y negocios de mala ley, haciendo bancariamente numerosas víctimas, abandonó el cargo y la casa.

Después de un año de matrimonio en terceras nup-

cias con el teniente Schlarbum, éste para remediar á su escasez de recursos, persuadió á su mujer que pidiese á Guillermo II, cuando apenas hacía quince días que el príncipe era emperador, una plaza para él y un préstamo para ella.

La contestación tardó un poco, pero la pobre condesa recibió un telegrama..., de Waldersee, diciéndole que tuviera una semana de paciencia. Ocho días después, en efecto, llegó una carta del Sr. Miessner, consejero privado de Su Majestad, rogando á la señora de Wedel que le remitiese todas las cartas del príncipe Guillermo que tenía en su poder, en cambio de lo cual se ocuparía de ella cerca del emperador. Acompañaba á esta carta una libranza de 600 marcos.

No es para dicho el furor de la excondesa que se considera burlada por su viejo enemigo Waldersee; devuelve los 600 marcos al remitente, cambia algunas cartas con él y finalmente le envía las de Guillermo, excepto las cinco más importantes, que pretende luego haberle sido sustraídas por el notario Weiss, en manos de quien las había depositado durante algunas horas.

Inmediatamente después, el consejero Miessner le anuncia que el emperador le señala, por término de cinco años, una pensión anual de 2.400 marcos destinados á la educación de su hijo.

Pero como no puede conceder nada á su marido, éste se enfada, hace á su esposa escenas de celos retrospectivos á propósito de la famosa correspondencia, y, finalmente, abandona el domicilio conyugal y entabla demanda de divorcio. Aquí la novela de la excondesa se complica aún más. El notario Weis, por ella acusado de abuso de confianza, la lleva á los tribunales que

la condenan á seis meses de cárcel, pues resulta que las cinco cartas en cuestión fueron sustraídas por su marido. Pero el emperador, indulgente con ella hasta el fin, olvida sus importunidades, le señala una renta anual de cuatro mil ochocientos marcos y le evita la cárcel haciéndola entrar en una casa de salud para ponerla luego en libertad, con la condición de que haga hablar menos de su persona.

Después de recuperar las cinco cartas sustraídas por su último y poco delicado esposo, se las envió igualmente á Guillermo II, guardando sólo, como recuerdo, la mencionada fotografía.

Al final de su libro, rememora, melancólicamente, estas palabras que un día le dijo el príncipe en el parque de Klein-Glienecke: «Aquí se alzarán más tarde vuestro monumento, un monumento erigido á la memoria de la más fiel amiga de la patria alemana, de la más fiel aliada de la casa imperial.» Y añade con una candidez infinita: «El emperador no debió olvidar nunca estas palabras; nunca debió dar crédito á las insinuaciones de Waldersee.»

Para dar una idea de las intrigas y escándalos que se preparaban entonces en la corte de Berlín y en que tanto había de sonar el nombre de otra supuesta favorita de Guillermo II, compendiamos en capítulo aparte la escandalosa historia de los anónimos.

Terminaremos el presente con el recuerdo de un idilio imperial bruscamente interrumpido por un hábil manejo de Augusta Victoria. Mientras dos supuestas favoritas de Guillermo rivalizaban en seducciones para conservar un resto de dominio en su corazón, asegúrase que el kaiser se enamoró, locamente, de una beldad

desconocida en la corte, la condesa M... esposa de un diplomático extranjero agregado á una de las embajadas de Berlín. No se la veía en palacio más que en los días de gran recepción, pero hacía frecuentes apariciones en la Ópera, donde exhibía elegantes trajes que hacían resaltar aún más su hermosura realmente extraordinaria.

Hacia cuatro años que era objeto de toda clase de atenciones de parte del emperador, cuando el marido fué bruscamente relevado por su gobierno.

El más sorprendido de tan repentino traslado fué el emperador, que había roto definitivamente con la excondesa de Wedel y empezaba á desligarse de la condesa de H...

¡Guillermo no pudo reprimir las manifestaciones de su cólera al ver que alejaban de él á la bella extranjera! Recibió la noticia en Potsdam. Inmediatamente fué á Berlín y se avistó con el embajador, jefe directo del joven diplomático, para pedirle explicaciones.

El embajador le dijo que sentía mucho no poder complacerle, pues aparte de la simple noticia del traslado, no había recibido comunicación alguna de su gobierno.

Sin embargo, en Berlín corrió en seguida la voz de que aquel relevo era obra secreta de la emperatriz. En efecto, Augusta Victoria había tardado cuatro años en tomar una resolución, pero la había tomado al fin. Acudió en queja á una soberana amiga que le prometió librarla de aquella supuesta rival, y no tardó en cumplir su promesa.



CAPÍTULO IX

El escándalo de los anónimos. — En Grunewald. — Escapada en trineo. — La primera carta anónima. — Campaña de difamación. — Continúa el escándalo. — El demonio de la perversidad.

Cedamos un momento la palabra á la condesa de Eppingoven, que dice en sus curiosísimas Memorias:

«El escándalo de las cartas anónimas empezó en noviembre de 1892, pocos días después de la cacería de San Huberto verificada el 3 en Grunewald. Yo había tenido el honor de figurar entre los convidados á esta diversión. Mi augusta señora, que acababa de dar á luz á la princesa Luisa Victoria y no podía entonces montar á caballo, no asistió á la cacería. Á mi regreso, me interrogó largamente sobre lo que había pasado, y lo que le conté causóle gran placer.

»La condesa de Z... había montado á caballo, no á la manera masculina como otras veces, sino á la femenina, retirándose con las otras damas á Potsdam, inmediatamente después de acorralado el ciervo. En la comida de caza había habido doscientos veinticinco con-